

Estados Unidos: rasgos de la crisis económica 2007-2009 y perspectivas de ajuste

LUIS RENÉ FERNÁNDEZ TABÍO*

Resumen

En el presente artículo se muestra una visión de los principales rasgos del ciclo económico y las características del patrón de acumulación actual en Estados Unidos, establecido a principios de la década de 1990 del pasado siglo, a partir del análisis de la crisis financiera y económica iniciada a finales de 2007. Se parte de sus antecedentes más directos en las relaciones económicas y en las tendencias dominantes de la política económica capitalista desde finales de las décadas de 1970, 1980 y 1990, que crearon las condiciones de política, regulatorias e institucionales, distintivas de la presente etapa en la economía imperialista estadounidense, basada esencialmente en el financiamiento externo mediante los mercados de capitales globales desregulados. Se distinguen los principales mecanismos del funcionamiento de la economía de los Estados Unidos en este contexto y se exploran brevemente las posibilidades de su reconfiguración y establecimiento de un nuevo orden económico internacional.

PALABRAS CLAVE: crisis financiera, Estados Unidos, orden económico internacional, política económica internacional, relaciones internacionales.

Abstract

The paper provides a vision of economic cycle chief features, and the characteristics of current pattern of accumulation in the USA, established at the beginning of last century 90's, as of the analysis of the financial and economic crisis by the end of 2007. It assumes its most recent antecedents in economic relations and capitalist economy policies prevailing tendencies since the end of the 1970's, 1980's, and 1990's, which created the distinctive political, regulatory and institutional conditions of current North American imperialist economy, chiefly based on external financing through deregulated global capital markets. The paper also presents the chief functioning mechanisms of USA economy within this scope, as well as it goes briefly over the possibilities of its reconfiguration and establishment of a new international economic order.

KEYWORDS: financial crisis, United States, international economic order, international economic policy, international relations.

* Doctor en Ciencias Económicas. Universidad de La Habana, Cuba.
Contacto: lrfernand@uh.cu.

La última crisis económica y financiera ocurrida en Estados Unidos no debe apreciarse solamente como una gran crisis cíclica más, sino como parte de un ajuste estructural de mayor alcance, aún no concluido; ha sido el resultado de la acumulación de contradicciones y desbalances de la economía interna norteamericana y del sistema mundial por un periodo largo, iniciado a finales de la década de 1970, que ha venido provocando, gradualmente, un cambio en la configuración del orden económico internacional y no solamente en la economía norteamericana.

Esta crisis tiene en común con sus predecesoras el ser portadora de los problemas inevitables del capitalismo explicados por Carlos Marx, generados, en su esencia, por la indiscriminada explotación de la madre tierra por parte de los seres humanos, en función maximizar los beneficios obtenidos por unos pocos, lo cual es una contradicción entre el carácter social de la producción y el carácter privado de la apropiación. En el presente trabajo, se expresan a escala global el ascenso de la especulación financiera y su distanciamiento, cada vez mayor, de la actividad productiva creadora de valor como eje principal del patrón capitalista de acumulación.

Estados Unidos, como centro del sistema de la economía mundial de posguerra, ha sido el principal protagonista de los cambios en los paradigmas de reproducción del sistema capitalista a escala planetaria y, no menos importante, del consenso sobre política económica establecido ya desde hace más de treinta años a partir de la contrarrevolución conservadora introducida por el gobierno de Ronald Reagan a principios de los años ochenta (Tobin, 1983). Estas tendencias de política se extendieron al aprovechar la preeminencia estadounidense en la economía global, detentada desde finales de la Segunda Guerra Mundial a través de organismos como el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, a los que se sumaría en esta nueva ola la Organización Mundial de Comercio, así como una red de los llamados acuerdos de libre comercio, para otorgarle estabilidad y garantías al capital transnacional. Ello es así, a pesar de transitar en la actualidad por un proceso también marcado por la relativa declinación en la hegemonía estadounidense (Wallerstein, 2005), lo que evidencia la necesidad de reconfigurar el sistema de economía mundial acorde con la nueva correlación de fuerzas, de forma que se reconozca el lugar cada vez más importante ocupado en la actualidad por los llamados nuevos países emergentes y sus agrupaciones en el mercado mundial.

Desde esta perspectiva, los ciclos económicos y las etapas de crisis deben apreciarse como parte de esa historia de reconfiguración del

sistema capitalista, que afectan y ponen en riesgo, en la actualidad, la propia existencia del género humano. Las denominadas crisis alimentarias, medioambientales y energéticas –entre las más nombradas– se derivan de ese sistema de explotación planetaria y de los cada vez más desequilibrados e irracionales patrones de reproducción y acumulación del sistema de economía mundial liderado por Estados Unidos.

Entonces, la reciente gran recesión 2007-2009 cabe entenderla como parte de transformaciones mayores, que vienen ocurriendo, incluso, desde finales de los años sesenta y sobre todo de los setenta del siglo pasado, en que las crisis económicas, cada una con sus características y consecuencias, han tenido una contribución a la transformación del sistema de economía mundial y al cambio gradual del lugar y papel de los Estados Unidos en esta.

En esta última etapa, la alianza de fuerzas conservadoras, entre ellas los promotores de la política económica neoliberal que acompañaron a Ronald Reagan a la presidencia en 1981, facilitaron, directa e indirectamente, la extensión de esta política por todo el mundo. Se trata de un momento culminante en las mutaciones más recientes del sistema capitalista. Aunque en el Hemisferio Occidental se introdujeron estas políticas con anterioridad, primero mediante el brutal golpe de Estado en Chile en 1973 y después con la presencia de otros gobiernos militares como la dictadura de Videla en Argentina, su surgimiento se identificó en Estados Unidos con la «reaganomía» o mezcla de la política económica desplegada por el gobierno de Ronald Reagan, y sobre todo de la desregulación financiera. La reaganomía integraba elementos del monetarismo, de la llamada economía de la oferta, todas inspiradas en dejar actuar «la magia del mercado» y limitar la intervención del Estado en la economía con influencias trascendentales, sobre todo del neoliberalismo y de la economía neoclásica, que realizaron una crítica implacable a la política keynesiana y el *new deal* para establecer un nuevo consenso de política económica y, posteriormente, un nuevo patrón de acumulación. Ello impulsó, como es bien conocido, privatizaciones, la desregulación financiera y la introducción de las formas más rentables y riesgosas de inversión, que conllevaron la creación de nuevos instrumentos de inversión y el aumento desenfrenado de la especulación financiera, cada vez más alejado de los fundamentos reales de la economía y de su desempeño productivo.

La etapa posterior a la crisis de 1992 en Estados Unidos marca el inicio del funcionamiento de ese nuevo patrón de acumulación, apoyado por un amplio y extendido impulso al mercado financiero en la medida

que se abrían las cuentas de capitales por todo el mundo. Los altísimos rendimientos alentaban a los inversionistas a asumir mayores riesgos, y los ingresos de las grandes corporaciones y sus directivos eran cada vez mayores, a la vez que la mayoría de los trabajadores veían descender sus ingresos reales. Las nuevas condiciones permitieron a la economía norteamericana crecer por una década, que se cerraría con el episodio de la crisis de marzo a noviembre de 2001, antecedida por el estallido de la burbuja especulativa en el mercado de capitales en el año precedente, por razones mucho más serias que la «codicia» o la «corrupción», como señalaban algunos análisis superficiales sobre el asunto. La acumulación de contradicciones más profundas en las nuevas circunstancias sentó las bases para el estallido de burbujas especulativas, que alcanzarían su más grave expresión durante la crisis económica y financiera de 2007-2009.

Existe coincidencia entre los especialistas, e incluso en documentos oficiales del gobierno estadounidense, en considerar que la última gran crisis económica y financiera en Estados Unidos ha sido la mayor desde la gran depresión de la década de 1930 («Economic Report of the President», 2011); si bien el patrón de reproducción del principal centro imperialista ha experimentado importantes cambios desde entonces y estos se reflejan en las características de la actual recesión y del lento y contradictorio proceso posterior de ajuste y recuperación en dicho país y en los otros centros del capitalismo en Europa y Japón.

El inicio de esta crisis fue situado técnicamente por el grupo de economistas del Buró Nacional de Investigaciones Económicas (National Bureau of Economic Research) de ese país en diciembre de 2007, aunque sus expresiones más graves ocurrieron a partir de la segunda mitad del año 2008. Los agudos desbalances macroeconómicos acumulados entre 2001 y 2008, así como el énfasis de una política económica fiscal empeñada en salvar el gran capital, hicieron muy difícil, desde el punto de vista socioeconómico, la fase de recuperación, caracterizada por altos niveles de desempleo, ascenso de la pobreza y crecientes disparidades en la distribución de los ingresos. La gravedad de la situación económica la ha transformado en el principal tema electoral en el año 2012 y uno de los mayores obstáculos para la reelección presidencial de Obama, en tanto una de las consecuencias de la crisis ha sido el estrechamiento de las capas medias estadounidenses y el empeoramiento de sus condiciones socioeconómicas y expectativas, lo que ha transformado en una pesadilla las promesas contenidas en el «sueño americano».

El comienzo de la recesión de 2001, antecedida por la crisis de la bolsa y el estallido de la burbuja especulativa en el año 2000, fueron acompa-

ñados por la llegada a la presidencia de George W. Bush y los trágicos acontecimientos terroristas del 11 de septiembre de 2001. Esa crisis económica fue, en definitiva, una recesión breve, en tanto la contracción se extendió por ocho meses, entre marzo y noviembre de 2001; pero su comportamiento fue revelador de los nuevos rasgos del patrón de acumulación de su economía: después de un año y medio de ser declarado el inicio de la recuperación, los principales indicadores macroeconómicos mostraban niveles inferiores a la tendencia previa al estallido de la crisis, sobre todo en la esfera productiva.

Para algunos, los débiles crecimientos parecían confirmar que «los fundamentos de la economía» eran sólidos, pues se registraba un crecimiento de la productividad del trabajo, se mantenía reducida la inflación, y se observaban, entre otros, signos positivos, el ascenso en el mercado de bienes raíces y el sostenimiento del gasto de los consumidores, acompañados por fuertes inversiones del gobierno para llevar adelante la «guerra antiterrorista».

Los mercados de capitales mantuvieron un comportamiento muy débil hasta el año 2002, al constituirse en un factor clave el carácter retardado de la recuperación para algunos indicadores como el empleo, que solamente comenzaría a recobrase muy lentamente a partir del segundo semestre de 2003 hasta situarse en 4,5 % en el año 2006. No obstante, la clave del crecimiento y el patrón de acumulación que explicaban el comportamiento del ciclo económico no eran identificables a primera vista a partir del análisis de las variables macroeconómicas, usualmente empleadas para evaluar el ciclo económico, como el producto interno bruto (PIB) y el ingreso nacional real, la producción industrial, el empleo y las ventas mayoristas y minoristas. Lo más relevante fue que la fase de recuperación venía acompañada por grandes y crecientes desequilibrios fiscales y en la balanza de pagos; además se observaba con preocupación la gravedad de la posición deudora estadounidense respecto al resto del mundo. Como expresión de este desequilibrio, la posición neta de las inversiones estadounidenses en el año 2006 fue de – \$ 2,5 mil millones de dólares, debido a que el valor de las inversiones de los extranjeros en Estados Unidos superaba, en esa magnitud, el valor de las norteamericanas en el resto del mundo (U.S. Department of Commerce, 2007). Los problemas en la reproducción de la economía norteamericana se manifestaban también en el comportamiento de las tasas de interés a corto y largo plazo en el mercado de capitales.

En 2006, como presagio de la crisis económica que se desataría a finales del año siguiente, las tasas de interés de los activos a largo plazo eran,

incluso, inferiores a las de corto plazo. Han existido distintas interpretaciones, asociadas al comportamiento de la inflación, la política monetaria del banco central u otros factores, pero lo cierto es que esta evolución estaba indicando la baja expectativa de los inversionistas sobre el rendimiento futuro, como un indicador de la recesión que sobrevendría.

Aunque en el periodo comprendido entre 2002 y 2006 se apreció una recuperación de las bolsas en general y de las ganancias corporativas, que incluyeron sectores que estaban entre los más afectados en el ciclo anterior, como las telecomunicaciones, ello no significaba una salida definitiva del problema. El sector favorecido dentro del mercado de capitales con posterioridad a la recesión de 2001 fue el de bienes raíces, y su evolución positiva se mantuvo, incluso, durante los peores momentos de la crisis del año 2001; esto fue estimulado, precisamente, por el bajo nivel en los tipos de interés, muy favorable para refinanciar las hipotecas u obtener créditos a muy bajo costo.

Dado que el mercado bursátil había sufrido una fuerte caída del 2000 al 2003, al dejar de ser atractivo para los inversionistas, el segmento del mercado de bienes raíces se convirtió en una de las pocas esferas de ascenso en la actividad financiera especulativa y el componente crucial para impulsar la economía y remontar el ciclo durante la siguiente fase expansiva. La inversión en esta esfera parecía entonces ser un refugio tan sólido como los propios edificios de Wall Street.

Sin embargo, una mirada más detenida a las condiciones del sector inmobiliario demuestra que, incluso durante la etapa de recuperación del mercado de capitales (2002-2006), se observaban indicios de los problemas futuros. A principios de octubre de 2002 los factores estimulantes de este mercado estaban empezando a tocar fondo –lo que agregó más preocupaciones al estado general de los negocios– y comenzar a desinflar también, parcialmente, lo que se conocería luego como la «burbuja inmobiliaria». Ello se debía a que, si bien las bajas tasas de interés se mantenían como un factor positivo, las diferencias regionales entre los niveles de ingreso de las familias y los precios de las casas estaban haciendo colapsar gradualmente el mercado de vivienda.

La caída del mercado de valores había incrementado transitoriamente las pérdidas de las corporaciones y sus directivos, pero el inicio de la recuperación de los mercados de capitales hizo la especulación más desenfrenada, en lugar de alentar la economía real. Al encontrarse bajo la presión del mercado de capitales, se sintieron impulsados a disminuir los costos productivos, en vez de incrementar las inversiones, por lo que se favoreció posteriormente el estallido de la recesión. Los problemas

enfrentados por el mercado de capital hicieron caer todavía más el gasto de los consumidores, y el reducido crecimiento registrado en estos años fue apoyado apenas por el efecto del ingreso de las inversiones en bienes raíces.

La atracción de financiamiento externo y la especulación financiera resultaron efectivos por algunos años para impulsar la expansión económica entre 2002 y 2006, aunque fuera consecuencia de la inflación de una nueva burbuja, la inmobiliaria, que sería acompañada por un aumento de los activos netos en poder del resto del mundo y un mayor nivel de especulación financiera, la cual posteriormente impactaría negativamente, sobre todo al sector financiero europeo.

Como ya se ha establecido, los problemas del mercado de bienes raíces y la nueva función del sector de las finanzas dentro de la reproducción del sistema capitalista no se inician a partir de la recesión de 2001, pero se consolidan desde este episodio recesivo. Si bien los antecedentes más inmediatos en este caso vienen desde 1997, cuando el precio promedio de las casas había estado aumentando a un ritmo superior al 50 %, si se descuenta la inflación, se evidencia una desmesurada especulación financiera.

Este resultado no se justificaba por una débil oferta constructiva, un aumento extraordinario de la población, o un enorme crecimiento de los ingresos de los hogares, los cuales en estos años se encontraban por debajo del promedio de estos indicadores en la posguerra (Baker, 2006). Tales ascensos en los precios de las viviendas solamente se podían explicar por el aumento exponencial de la especulación financiera en este sector del mercado de capitales.

La formación de burbujas especulativas centradas en distintos segmentos del mercado de capitales, así como el mayor peso del financiamiento externo recibido por la economía norteamericana durante estos años, se encuentran estrechamente relacionados y se develan como un mecanismo principal para el funcionamiento actual de la economía norteamericana. No solamente las cotizaciones en esos sectores del mercado no obedecían a resultados productivos, o a condiciones reales de oferta y demanda, o del avance tecnológico, sino que no existían fuentes internas de financiamiento de tales burbujas especulativas, dado el enorme déficit en la balanza de pagos, el gran déficit fiscal, la exuberante magnitud de la deuda pública y el bajo o casi inexistente ahorro de la población. Por ello, el mecanismo de funcionamiento del ciclo de la economía norteamericana, el componente central de su patrón de acumulación, solamente puede explicarse mediante el aporte de los

flujos externos de capital, por inversiones directas privadas y, sobre todo, por la compra de la deuda del gobierno de Estados Unidos y otros tipos de acciones en el mercado global de capitales por el resto del mundo.

La base del patrón de crecimiento anteriormente descrito y las contradicciones acumuladas desde el propio año 2002 –y por lo menos hasta buena parte del año 2006– constituirían un componente crucial para explicar la expansión económica durante esta etapa, pero no el único. El presupuesto de defensa aumentaría su significación en los años de la administración de George W. Bush, amparado en una nueva doctrina de «seguridad nacional» y «guerra antiterrorista», que justificaría las intervenciones militares en Afganistán e Iraq y el aumento de los gastos en este terreno. Durante el año fiscal 2006 se registró un incremento del 41 % respecto a 2001 en estos gastos y un aumento de 4,8 respecto al año anterior, y se situaron en 4 193 mil millones de dólares de la autorización presupuestaria discrecional. Estos gastos para el año fiscal 2007, que incluyeron alrededor de 50 mil millones para las guerras en Afganistán e Iraq, se situaron en 504 86 mil millones de dólares, un ascenso del 7 % respecto al año anterior y 48 % de aumento en relación con 2001 (Office of Management and Budget, 2007).

En resumen, aunque se evidenciaban diversas debilidades en componentes claves de la demanda, acompañados de un decepcionante comportamiento del mercado de acciones, la expansión económica se apoyaba básicamente en el gasto público, en los gastos e inversiones del gobierno y en los efectos directos e indirectos de la extensión de la burbuja especulativa en el mercado inmobiliario, acompañado por una conveniente política monetaria, que impulsaba creativos sistemas de refinanciamiento de la vivienda.

La política de ajustar las normas institucionales con que funciona la economía mundial a los intereses de Estados Unidos –y sobre todo de sus grandes corporaciones transnacionales– se facilitaba, dada la subordinación de la política económica, a los intereses del gran capital para incrementar sus tasas de rentabilidad en un mercado global de capitales. El impulso de los gastos federales para la guerra, el armamentismo y la propia filosofía económica de la administración estadounidense –más allá de demócratas y republicanos– configuraron el marco de una política fiscal que, dadas las importantes reducciones realizadas en los impuestos, solamente podría hacer crecer el déficit del presupuesto federal hasta niveles insostenibles, como se puso de manifiesto al sobrepasarse el techo de la deuda gubernamental que obligó, de forma dramática, la aprobación de la Ley de Control del Presupuesto de 2011; esta acordó

elevar el límite de la deuda y reducir el déficit en los próximos años, sin llegar a un consenso en la forma de alcanzarlo, pues de algún modo balancear el presupuesto supone reducir gastos o aumentar impuestos, opciones nada populares y, además, muy sensibles política e ideológicamente en un año electoral.

En realidad, las interconexiones entre el mercado de capital, la formación de burbujas especulativas y los flujos financieros externos destinados a cubrir el déficit crónico de esta economía en su balanza de pagos, las deudas privadas y públicas, demostraban la dependencia financiera de la economía norteamericana del mercado global de capitales para su reproducción. Además, el déficit en la cuenta corriente de la balanza de pagos llevó a un endeudamiento progresivo, que superó en proporción el alcanzado durante la famosa crisis de 1929.

La política monetaria, que había sido el «caballo de batalla» de la política económica en Estados Unidos, también tocaba fondo. El Banco Central o Reserva Federal continuaba bajando las tasas, y existía, incluso, el peligro de alcanzar una situación descrita por la teoría económica como «la trampa de liquidez» o, peor aún, un proceso deflacionario como el ocurrido en situaciones semejantes en Japón.

En el periodo comprendido entre marzo de 2003 y 2007 se apreciaba una recuperación del mercado de capitales, si bien la acumulación de problemas de vivienda, junto a las tensiones adicionales generadas por la subida de los precios del petróleo y de otras materias primas, complicó progresivamente el escenario económico. La situación llegó a ser crítica desde el último trimestre de 2007 y la primera mitad de 2008, cuando se desató la primera gran recesión del siglo XXI, lo que cerró el último periodo de cuatro años en la presidencia de George W. Bush.

El año electoral 2008 mostraba, a las claras, condiciones recesivas iniciadas desde finales del año anterior, que se irían agudizando, debido a la crisis financiera y su contagio global. Las dificultades en las condiciones crediticias –sobre todo para Europa– dejaban casi sin refugio los capitales ahuyentados por los descabros en las bolsas desde la etapa precedente, como no fueran los mercados emergentes de Asia, los llamados países BRICS (Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica) o incluso de América Latina, que atraerían flujos importantes de inversiones extranjeras (Comisión Económica para América Latina y el Caribe –CEPAL–, 2011).

La caída mayor del PIB se registró en el último trimestre de 2008, cuando descendió en un 6,2 %, calculado a una tasa anual. La reducción en el primer trimestre de 2009 fue entre 7 % y 8 % a una tasa anualizada,

y superó la disminución del trimestre anterior. Asimismo el desempleo fue incrementándose de 6,2 % en septiembre de 2008 hasta 8,1 % en febrero de 2009, y luego desde octubre de 2009 a octubre de 2010 se mantuvo por encima de 9 %, y sobrepasó en varias ocasiones el 10 %. La gravedad de la crisis se reflejó también en una reducción de hasta un 30 % de las inversiones y el comercio para el año 2009. Es decir, los indicadores confirmaban que se trataba de una crisis económica de gran severidad.

Desde 2009 se inició el crecimiento de la economía –aunque en condiciones muy desiguales– y ya para 2010 se registraba un ascenso anual de 2,8 % en el PIB y en el primer trimestre de 2011 alcanzaba 1,8 %. Los datos ofrecidos del tercer y el cuarto trimestre de 2011 confirmaron la debilidad de la recuperación, al registrarse 1,8 % y 3,0 %, respectivamente. El reducido aumento del ingreso personal de 0,2 % en enero y febrero de 2012 no permite prever un cambio en la tendencia (Bureau of Economic Analysis, US Department of Commerce, 2012).

Técnicamente podría decirse que la recuperación de la economía norteamericana se inició a mediados de 2009 y, por lo tanto, en 2012 cumpliría tres años. Sin embargo, este proceso ha sido muy incierto, con retardos en el restablecimiento de indicadores principales para medir la actividad económica indirectamente, como son el empleo, el ingreso personal y las ventas; por ello la sombra de otra recesión no se ha podido descartar en el corto plazo, sobre todo por la agudización de la crisis económica o debilidad en el crecimiento en otros países capitalistas desarrollados, estrechamente vinculados por el mercado financiero global.

Los datos oficiales del gobierno estadounidense de febrero de 2012 registraban un nivel de desempleo del 8,3 %, y el número de personas desempleadas en 12,8 millones, lo que no recupera el empleo de la fase anterior al comienzo de la crisis (Bureau of Labor Statistics, US Department of Labor, 2012).

Como es usual, por sexos, edades y origen étnico estos indicadores evidencian notables diferencias. En el caso de los trabajadores negros, las estadísticas muestran un nivel de desempleo muy superior al promedio general, y se compara de manera desfavorable con cualquiera de los otros grupos, incluidos los latinos. El desempleo de este grupo de población afrodescendiente siempre es superior al 15 % y el dato de abril de 2011 lo situaba en 16,1 %. En cambio, el desempleo de los trabajadores blancos osciló en el año 2010, cuando ya se había iniciado técnicamente la recuperación, entre 8,6 % y 9,0 %; es decir, es la mitad del desempleo

de los trabajadores negros norteamericanos. El desempleo de los latinos se encuentra en una situación intermedia entre el indicador correspondiente a los blancos y los negros, al comportarse el desempleo en el año 2010 entre un 12 % y un poco más del 13 % en el valor máximo, lo cual refleja claramente las diferencias socioeconómicas persistentes entre los grupos étnicos en ese país. Esas diferencias en cuanto al desempleo se mantienen en el último informe del Departamento de Trabajo, que presenta los datos de febrero de 2012 de la siguiente manera: de un desempleo general para la economía de 8,3 %, los adolescentes tenían 23,8 %; los blancos, 7,3 %; y los negros, 14,1 %, este indicador para los latinos es de 10,7 % (Bureau of Labor Statistics, 2012).

La gravedad de la crisis y el débil paso de la recuperación no solamente se deben a los problemas internos de la economía norteamericana, que luego se expanden desde el sector financiero y comercial al resto de la economía mundial, sino que dada la centralidad de la especulación financiera en su patrón de acumulación, esta se ha visto reforzada, precisamente, por la globalización de los mercados de capitales, las cadenas transnacionales de producción y servicios y la creciente especulación financiera que otorga cada vez mayor poder al capital financiero especulativo sobre toda su economía. La «fuerte incertidumbre e interdependencia» como aspectos relevantes de la situación financiera actual dificultan la salida de la crisis (García, 2011, p. 15).

La crisis de la deuda soberana en países de Europa como Grecia, España e Italia es una secuela de la crisis financiera y tiene repercusiones nefastas en Estados Unidos, lo que explica la dificultad y lentitud para conseguir el ajuste, dadas las decisiones de los gobiernos de salvar la banca privada con fondos públicos. En resumen, esta dinámica ha hecho estallar sucesivas burbujas especulativas, crisis financieras y de deuda soberana en medio de grandes desequilibrios macroeconómicos, que evidencian la necesidad de ajustes económicos en el sistema, muy difíciles de alcanzar en el marco del sistema político norteamericano y la fuerte influencia conservadora en ese país que se opone a tales cambios. Sin embargo, el ajuste requerido por la economía norteamericana está estrechamente vinculado, por su carácter de principal centro de la economía capitalista mundial, a las relaciones económicas y políticas de Estados Unidos con el resto del mundo y, por lo tanto, presupone un ajuste en el orden económico internacional.

La naturaleza y profundidad de la más reciente crisis económica y financiera en Estados Unidos, en una etapa declinante de la hegemonía norteamericana y centralmente basada en la especulación financiera,

debe llevar a un proceso de ajuste necesariamente largo, que permita restablecer un balance del sistema en correspondencia con las nuevas condiciones de la economía de ese país y del resto del mundo. Supone no solamente tratar de equilibrar los balances comerciales y financieros, sino también la redefinición del sistema de instituciones reguladoras y coordinadoras a escala bilateral, regional y mundial.

El proceso será todavía dilatado, más allá de los cambios que ya se observan y se prevén en la arquitectura de las relaciones económicas internacionales en el corto plazo, derivados de una correlación general de fuerzas, que a todas luces favorece a Asia y otros países emergentes, como es el caso más notable del grupo de los BRICS. Estos movimientos podrían alterar tanto la geografía política como el mapa de la geografía económica global –debido a la rearticulación de las relaciones económicas de los países y los cambios en el marco institucional y regulatorio de la economía mundial.

La política estadounidense está tratando de redistribuir los costos de su crisis a escala global de manera diferenciada y con el empleo de los instrumentos de transmisión reformulados durante la etapa anterior. Las dificultades de hacerlo se deben al alcance global de la crisis. Entre los principales asuntos pendientes, que definen el actual proceso de transición en el sistema de economía mundial y relaciones internacionales, se encuentran el papel del dólar de Estados Unidos, su posición privilegiada en las principales instituciones económicas, financieras y políticas internacionales, desde el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial hasta el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, que muestran fisuras, pero no han dejado de expresar el liderazgo global de dicho país.

Es decir, aunque desde el punto de vista económico no cabe duda de que se requiere una modificación profunda de la arquitectura del sistema monetario y financiero mundial, cabe preguntarse por qué este proceso casi no avanza, o discurre muy lentamente. Ello se debe, desde esta óptica, a que el proceso de transformaciones debe considerar no solamente la correlación de fuerzas y el peso relativo de las variables económicas de las principales potencias –tamaño del mercado, balance de inversiones y comercio, etcétera–, sino tener en cuenta otros aspectos históricos, políticos, institucionales, e incluso militares, que interactúan con los anteriores y se reflejan en los procesos negociadores para la transformación de las regulaciones y la institucionalidad mundial en los organismos internacionales y en los procesos de integración.

Las dificultades prácticas para la reconfiguración del sistema de economía mundial se expresan en las limitaciones y los fracasos del

cumplimiento de las funciones asignadas a mecanismos de coordinación de políticas económicas multilaterales hasta ahora inefectivos, como el G-7 e incluso el G-20. Estos son problemas de gran trascendencia, pues tienen implicaciones no solamente para la salida de la actual situación económica, sino para las cuotas que cada uno de los países se ven obligados a pagar en este contexto para alcanzar el ajuste de la economía mundial. Por lo tanto, ese proceso afecta la redistribución de la correlación de fuerzas entre los principales países y condiciona la posición de Estados Unidos como pieza clave del sistema y todavía el principal centro del capitalismo mundial.

La división interna que actualmente se observa en la política norteamericana, que incluye aspectos económicos, es parte del proceso de búsqueda de un nuevo consenso. La clase dominante pretende realizar el ajuste económico necesario, al tomar en cuenta sus intereses, pero la variante no está completamente definida. Recibe presiones internas derivadas del empeoramiento de la situación económica, y externas, por el avance de nuevas corrientes y las mutaciones en la correlación internacional de fuerzas. Tal nuevo consenso tendrá que fijarse dentro de las tendencias actuales al conservadurismo, o buscar opciones más realistas y pragmáticas. De esa confrontación, en parte reflejada en la pugna electoral de 2012, quedará el vector resultante de la política.

No es posible definir, con absoluta precisión, las tendencias de la política y de la política económica en particular. Lo que es posible prever, a partir de estas consideraciones, es que no existen condiciones para restablecer un tipo de política, como la identificada con el keynesianismo y el Nuevo Trato, como fue conocida durante los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial y hasta finales de 1979, porque no es previsible que Estados Unidos recupere la posición de predominio relativa que tenía en la economía internacional en aquellos años.

Ello no supone que esta nación dejará de ser la principal superpotencia mundial en tanto todavía su base económica –a pesar de los desequilibrios fiscales internos e internacionales– le permite mantener el predominio en instrumentos de dominación económicos, políticos, militares y en los medios de información. Las fuerzas armadas, los instrumentos de la seguridad en un sentido amplio, amparados por enormes inversiones en investigación y desarrollo, abarcan no solamente armamentos convencionales y nucleares, sino medios no tripulados, y extienden el «teatro de operaciones» a la guerra en el ciberespacio, la informática, Internet, las redes globales y las comunicaciones, entre otras novedades, tanto de modo defensivo como ofensivo.

La combinación de la preeminencia de Estados Unidos en estos poderosos instrumentos analizados de modo combinado, tanto los de fuerza como los del llamado «poder blando» –dirigidos a la batalla por la mente y el pensamiento mundial–, le podría permitir sobrepasar y aligerar los tiempos y las formas del ajuste, así como distribuir su carga al país por todo el mundo de modo favorable a los Estados Unidos. En lugar de asumir el pago de sus déficits y de su deuda, como se ha hecho pagar con sacrificio y enormes pérdidas –sobre todo a los países subdesarrollados, del Sur, o del llamado Tercer Mundo y, particularmente, de América Latina en el pasado–, la política norteamericana se debe dirigir a minimizar los costos internos, distribuir la carga del ajuste por todo el mundo y prepararse para un nuevo reacomodo en su posición dominante dentro de la actual etapa transnacional del imperialismo en el siglo XXI.

Algunos indicios existen del surgimiento de un nuevo patrón de acumulación, o de una nueva arquitectura financiera, surgida de la última gran crisis económica y financiera, que permitan aumentar la confianza de los inversionistas en el sistema financiero. Sin embargo, más allá de los resultados de China, los BRICS y otros países emergentes, no están creadas todas las condiciones para poder avanzar en la profundización de esas transformaciones desde el Sur, pues no solo se trata de corregir las principales vulnerabilidades y los riesgos de los mercados, o sustituir unos centros financieros por otros y restablecer nuevas periferias y mecanismos de explotación y subordinación: un nuevo tipo de regulación, coordinación de política social global, mucho más radical y no subordinada al mercado, desde el Sur, desde un nuevo liderazgo, que reinicie los pasos para crear un nuevo orden económico y financiero internacional progresivo, regido por los requerimientos de la vida, del buen vivir, y el bienestar de toda la humanidad para las presentes y futuras generaciones, y no el consumo desenfrenado de una pequeña minoría en detrimento del resto de los pobladores de la Tierra.

Bibliografía

- BAKER, D. (2006): *Recession looms for the U.S. economy in 2007*, Center for Economic and Policy Research, Washington D.C.
- BUREAU OF ECONOMIC ANALYSIS, US DEPARTMENT OF COMMERCE (2012): «US economy at a glance: perspective from the BEA accounts», 30 de marzo, en <<http://www.bea.gov/newsreleases/glance.htm>> [5/04/2012].
- BUREAU OF LABOR STATISTICS, US DEPARTMENT OF LABOR (2012): «The employment situation: Washington, D.C.», marzo, en <<http://www.bls.gov/news.release/pdf/empstat.pdf>> [20/04/2012].

- CEPAL (2011): «Inversiones extranjeras directas en América Latina y el Caribe», en <<http://www.eclac.org/noticias/páginas>> [02/03/2012].
- «Economic Report of the President» (2011), Transmitido por el Congreso, February, United States Government Printing Office, Washington D.C.
- GARCÍA RUÍZ, M. (2011): «Crisis financiera internacional: interpretaciones, lecciones relevantes e impacto global», *De la economía internacional*, vol. 1, CIEI/CEDEM, Universidad de La Habana.
- OFFICE OF MANAGEMENT AND BUDGET, DEPARTMENT OF DEFENSE (2005): «The budget for FY 2006», Department of Defense, Washington D.C.
- OFFICE OF MANAGEMENT AND BUDGET, DEPARTMENT OF DEFENSE (2007): «Budget of the United States Government», en <<http://www.gpo.gov/fdsys>>.
- TOBIN, J. (1983): «The conservative counter-revolution in economic policy», *The Journal of Economic Education*, vol. 14, n.º 1, pp. 30-39.
- U.S. DEPARTMENT OF COMMERCE, BUREAU OF ECONOMIC ANALYSIS (2007): «News release: U.S. international position, 2006», 28 de junio, en <<http://www.bea.gov/newsreleases/international/intinv/2007/intinv06.htm>> [4/04/2012].
- WALLERSTEIN, I. (2005): *La decadencia del poder estadounidense*, LOL, Santiago de Chile.